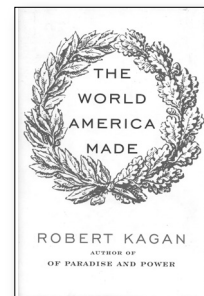


ANTONIO SOSA

ESTADOS UNIDOS Y EL ORDEN MUNDIAL

Una interpretación del libro de Robert Kagan

El mundo que Estados Unidos hizo



¿Habría sido posible el advenimiento del orden mundial actual, y sería posible su supervivencia, sin la hegemonía mundial de Estados Unidos? Tales son las preguntas que se hace el historiador y comentarista político estadounidense Robert Kagan (2012), en su nuevo libro, *The World America Made* (*El mundo que Estados Unidos hizo*). A la luz de las implicaciones de estas preguntas, el autor mantiene que los aspectos que más damos por sentados del orden mundial actual, que son a su vez los aspectos más esenciales de ese orden –la globalización económica, la expansión progresiva de la democracia, el predominio de normas liberales en el derecho internacional y la ausencia de guerra entre las grandes potencias– existen como resultado directo de la preponderancia mundial, tanto militar como económica, de Estados Unidos. Esto implica, claro está, que si el poderío de Estados Unidos decayese, tal decadencia necesariamente menoscabaría, en proporción a su grado de profundidad, la integridad y viabilidad del orden mundial sustentado por ese poderío.

Para defender esta tesis, Kagan desarrolla dos puntos principales a lo largo del texto. En primer lugar, mantiene que todo orden mundial existe

Antonio Sosa es licenciado en Letras por la Pennsylvania State University y tiene un Master en Relaciones Internacionales de la New School. Becario FAES 2011.



CUADERNOS de pensamiento político

en virtud de la potencia mundial (o grupo de potencias mundiales) que lo garantiza, tanto militar como económicamente. “No puede haber un orden mundial”, según el autor, “sin el poder necesario para preservarlo, darle forma a sus normas, garantizar sus instituciones, defender los cimientos de su economía y mantener la paz”. Como ejemplos de este principio, el autor alude a la historia de dos antiguos órdenes mundiales –basados, respectivamente, en el Imperio romano y en el inglés– recalcando con notable claridad el hecho de que los mismos siempre estuvieron sustentados por el poder, y consecuentemente supeditados al destino de las potencias mundiales dominantes de la época. “Cuando el Imperio romano cayó,” nos recuerda el autor, “el orden [mundial] que este sustentaba también cayó”.

En vista de lo anterior, el autor lógicamente mantiene, en segundo lugar, que todo orden mundial no solo existe en virtud de la sustentación militar y económica proveída por la potencia mundial predominante, sino que también existe como un orden mundial de cierto tipo, en virtud del tipo de potencia que predomina. Según explica el autor, todo orden mundial “ha reflejado las creencias e intereses de sus potencias más fuertes, y todo orden internacional ha cambiado [de carácter] cuando el poder pasó a estar en manos de otras [potencias] con creencias e intereses distintos”. Por ende, un orden mundial liberal solo puede existir si una potencia mundial liberal, como el Imperio británico durante la segunda mitad del siglo XIX o la hegemonía estadounidense a partir de la segunda mitad del siglo XX, existe para garantizarlo. “Históricamente”, afirma Kagan, “un orden económico liberal ha florecido solo bajo un conjunto de condiciones –una gran potencia con una armada globalmente dominante y un profundo interés por un sistema internacional basado en el mercado libre y el comercio libre–”. Este conjunto de condiciones, explica Kagan, se dieron durante “la segunda mitad del siglo XIX bajo la supremacía naval británica” y también “después de la Segunda Guerra Mundial, bajo la supremacía naval estadounidense”. Por el contrario, “las eras multipolares que precedieron a la supremacía británica y que existieron entre las dos guerras mundiales, previas a la supremacía naval estadounidense, no dieron pie a órdenes económicos liberales”.

Lejos de llevar a una gran concordancia geopolítica o a un balance armónico de poderes, la “multipolaridad”, que Kagan entiende como la mul-





tiplicidad global de focos de poder, tanto en lo económico como en lo militar, históricamente ha encauzado a las grandes potencias hacia una competencia bélica por consolidar la supremacía regional o mundial. La causa fundamental de este estado de competencia bélica entre los países es, según el autor, la “paridad de poder” entre potencias que se da en la ausencia de una potencia mundial que sea obviamente suprema. Cuando existe “una aproximada paridad de poder” entre distintas potencias, las mismas consecuentemente dudan “con respecto a quién es más fuerte” y, por ende, compiten fuertemente cada una por serlo.

En este sentido, una de las funciones más beneficiosas que ha cumplido el poderío militar estadounidense, según Kagan, ha sido la de “moderar y frenar las tendencias normales de las otras grandes potencias” que, en la ausencia de tal poderío, buscarían “competir y empujarse en formas que históricamente han llevado a la guerra”. Dado que Estados Unidos es indudablemente más poderoso que el resto de las grandes potencias regionales, la amenaza del ejercicio de su poder supone costes demasiado altos y predecibles para aquellas potencias regionales que pudiesen estar considerando ejercer su poder militar modesto en busca de algún objetivo político. La competencia abiertamente militar por la supremacía entre las distintas potencias regionales pierde sentido; en otras palabras, a la luz de la existencia de una potencia militar global inalcanzable que, en última instancia, tiene el poder para decidir el desenlace final de cualquier conflicto militar entre estas potencias regionales, cualquier potencia regional tiene mayor probabilidad de lograr su cometido persuadiendo a Estados Unidos de la justicia de su causa que venciendo o intimidando a un rival regional militarmente. La supremacía de Estados Unidos imposibilita la “paridad de poder” mundial y, por ende, apacigua la competencia mundial por el poder.

Siguiendo esta línea de pensamiento, Kagan mantiene que la razón por la cual las grandes potencias de la actualidad, como China o Rusia, han estado actuando de manera relativamente comedida no se debe a que, por medio de un proceso histórico progresivo, se hayan vuelto “inherentemente comedidas”, sino a que el poderío avasallante de Estados Unidos “pone límites a sus ambiciones”. Kagan utiliza el ejemplo particular de China para ilustrar este punto. El hecho de que, en la actualidad, China





CUADERNOS de pensamiento político

“no se comporte más agresivamente con Japón, la India o los países del sudeste asiático con los que mantiene disputas”, no se debe a que China “sea inherentemente pasiva y cautelosa”, sino a que China sabe que Japón, la India y los países del sudeste asiático están respaldados por el poder de Estados Unidos. “Si el poderío estadounidense fuese eliminado de la ecuación”, añade el autor, “los chinos harían un cálculo distinto” a la hora de juzgar cómo utilizar su poder militar y cómo relacionarse con sus vecinos.

En un sentido parecido, Estados Unidos ha utilizado su poderío naval desde finales de la Segunda Guerra Mundial para mantener abiertas y seguras las rutas marítimas por las que transita el comercio global. Este nivel de seguridad marítima global, que Estados Unidos ha proveído prácticamente por sí solo, ha beneficiado a potencias comerciales como Alemania, Japón, Brasil, la India, Rusia y China, entre otras; también ha sido, como asevera Kagan, “una de las contribuciones más importantes de Estados Unidos al orden mundial liberal actual”. Asimismo, como Estados Unidos es una potencia liberal cuya riqueza depende, en gran parte, de su capacidad para comerciar con otras economías, y por tanto de su capacidad para promocionar el modelo de libre comercio a nivel mundial, tiene un interés consistente en mantener abiertas y seguras las rutas que posibilitan el comercio mundial. Al ser la paz entre las grandes potencias un prerequisite para el comercio entre las mismas, Estados Unidos se ve en la obligación de tratar de mantener la paz para poder preservar el comercio entre y con las mismas. Estados Unidos es, en este sentido, una potencia mundial sin precedentes: en virtud de su carácter liberal, posee la voluntad, y en virtud de su poder militar, posee la capacidad, para preservar un orden de libertad y seguridad comercial en los mares del mundo. Si Estados Unidos decayese como potencia mundial, nos asegura Kagan, significaría el fin de esta seguridad comercial marítima. Cambiar de un mundo en donde Estados Unidos vigila las rutas marítimas a uno en donde las rutas están sujetas al “patrullaje colectivo de múltiples grandes potencias” podría llevarnos hacia “la competencia y el conflicto en vez de al reforzamiento del orden económico liberal”.

Al imaginarnos el porvenir del orden mundial liberal en ausencia del poderío estadounidense, vemos que la viabilidad del orden mundial liberal depende del poderío estadounidense. El problema de hoy yace en que,





precisamente como consecuencia del “éxito del orden mundial estadounidense”, según escribe Kagan, muchas personas han terminado por creer “que el mismo puede ser trascendido, que el poder estadounidense ya no es necesario para sostener el orden mundial liberal.” La prolongada ausencia de guerra entre las grandes potencias ha aupado la idea de que las grandes potencias de alguna manera han trascendido el alcance de aquellas pasiones humanas (como el orgullo nacional, por ejemplo) que en el pasado las habían impulsado hacia la guerra; la actual paz prolongada entre las grandes potencias, lejos de ser entendida como una excepción histórica, es gradualmente asumida como la nueva regla histórica. La existencia e influencia prolongada del poderío mundial estadounidense ha hecho parecer que el orden mundial liberal es el orden mundial inevitable; es decir, que el mundo como hoy lo conocemos es el mundo como tiene que ser o el mundo que eventualmente hubiese terminado por ser.

La labor que queda, según esta percepción, es simplemente formalizar el orden mundial liberal por medio del desarrollo y la consolidación de instituciones internacionales que afiancen sus normas y vigilen su cumplimiento. En Europa, esta creencia se manifiesta más claramente a través del proyecto de unificación transnacional que supone la Unión Europea. “Ningún grupo de naciones”, escribe Kagan, en referencia a Europa, “ha estado jamás tan cerca de lograr el ideal del internacionalismo liberal, la paz perpetua kantiana”. Como las naciones de Europa han permanecido bajo la protección tácita de Estados Unidos desde la segunda mitad del siglo XX, se han acostumbrado a pensar que el mundo geopolítico estable y relativamente pacífico que tal protección les ha brindado es un estadio histórico al que la humanidad, cuya vanguardia Europa ahora representa, finalmente ha llegado.

Una de las consecuencias geopolíticas más significativas de esta creencia historicista, como explica Kagan, es “una Europa que se desarma cada vez más a sí misma mientras que las otras grandes potencias”, como Rusia o China, “rehúsan seguirla en su viaje” hacia el paraíso “posmoderno” en donde el estadio de la guerra ha quedado trascendido. Para recalcar su escepticismo frente a esta manifestación de historicismo europeo, Kagan incluso se pregunta de manera retórica si la “Europa posmoderna” pudiera





CUADERNOS de pensamiento político

“siquiera sobrevivir si de verdad tuviese que valerse por sí misma en un mundo que no jugase según sus reglas”. En el mismo sentido, Kagan sobriamente le recuerda al lector que “cuando se trata de las relaciones entre Estados, y particularmente en materia de poder y guerra y paz, las reglas e instituciones rara vez sobreviven el declive del poder o poderes que las erigieron”. Creer que el orden mundial liberal puede llegar a trascender su dependencia de Estados Unidos sería, para el autor, creer que el orden mundial liberal puede llegar a trascender aquellas condiciones que lo hacen posible.

Cabe añadir que el escepticismo de Kagan frente al proyecto “posmoderno” europeo no representa una crítica de la Unión Europea en sí misma. A lo que Kagan se opone es a la idea de que las naciones de Europa puedan llegar a prescindir de sus fuerzas armadas nacionales por creer que han trascendido sus identidades nacionales; se opone a que las naciones de Europa abandonen, por medio del proyecto de unificación europea, el entendimiento tradicional de la guerra como una posibilidad perenne de las relaciones internacionales; en términos prácticos se opone a lo que el antiguo secretario de Defensa estadounidense, Robert Gates, llamó “la desmilitarización de Europa”¹. Para Kagan es simplemente “prematureo poder concluir que, después de diez mil años de guerra, algunas cuantas décadas y algunas innovaciones tecnológicas” han logrado “cambiar la naturaleza del hombre y la naturaleza de las relaciones internacionales”. En este sentido, el escepticismo de Kagan frente a ciertas tendencias del europeísmo es un reflejo de su crítica de la idea del progreso en sí mismo, de la percepción según la cual el advenimiento y la perpetuación del orden mundial liberal obedecen a un proceso histórico racional e inevitable:

“Aquellos que viven en este extraordinario mundo tienden a asumir que tanto la explosión global de la democracia como el orden económico liberal basado en el libre comercio y los mercados libres que han extendido la prosperidad durante los últimos sesenta años, simplemente representan una etapa natural en el progreso ascendente de la humanidad. Nos gusta creer que el triunfo de la democracia es el triunfo de una idea y que la victoria del capitalismo de mercado es la victoria de un mejor sistema, y que ambos son irreversibles”.

¹ Knowlton, Brian (2010).





Según el historicismo hegeliano, que pervive como la articulación más profunda de la idea del progreso, se podría entender el orden mundial liberal actual como el advenimiento del final de lo que Hegel llamaba “el proceso de la historia”, el proceso dialéctico mediante el cual la historia mundial avanza por etapas “de lo imperfecto a lo que es más perfecto”². El triunfo del orden mundial liberal sería, desde este punto de vista, y como famosamente ya ha señalado Fukuyama, la manifestación última del triunfo de la “Razón”, bajo cuyo criterio la democracia liberal aparece como el último y más legítimo régimen político por ser el único régimen que es simplemente racional. El triunfo del orden mundial liberal sería el desarrollo completo (es decir, final y necesario) de la dialéctica histórica: con su instauración, el hombre termina de resolver de forma definitiva las contradicciones fundamentales de la vida política; lo único que queda por hacer es rellenar los espacios; es decir, perfeccionar la *técnica* de la democracia liberal. Ahora, como el proceso histórico es el proceso mediante el cual la historia del hombre, como hombre, llega a su término final y necesario, necesariamente llegará a englobar a todos los hombres, a la humanidad entera. Todos los hombres, en todos los países, necesariamente establecerán una democracia liberal (o un sistema equiparable) o se subsumirán bajo el mando político del orden mundial liberal, de manera progresiva e inexorable porque la razón histórica –la “Razón *en* la historia”, para usar la formulación de Hegel– así lo exige.

Según este esquema, la democracia liberal no solo representaría la culminación del proceso histórico; representaría también la vanguardia del proceso histórico; es decir, el futuro inevitable de toda la humanidad. De ser esto verdad, también sería verdad que el orden mundial liberal pudiera llegar a trascender su dependencia del poderío estadounidense, dado que la guerra dejaría de tener sentido en un mundo donde la democracia liberal es irreversiblemente universal. La humanidad habría trascendido la posibilidad de la guerra y, consecuentemente, su dependencia de Estados Unidos como garante militar.

² Hegel, Georg Wilhelm Friedrich (1988).





CUADERNOS de pensamiento político

Kagan difiere de este planteamiento. Como rechaza la posibilidad de que el orden mundial liberal sea el producto inevitable de un proceso histórico racional, rechaza también la posibilidad de que el orden mundial liberal pueda seguir existiendo en la ausencia de la hegemonía estadounidense. Estados Unidos, no la Historia, es el verdadero autor del orden mundial liberal. Para subrayar este punto, Kagan describe la forma en que, a partir del final de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos estableció vínculos estratégicos profundos en Europa a través de la OTAN, y en Asia a través de una estrecha relación militar con Japón. El resultado de esta política en ambas regiones fue, en términos generales, el mismo: la desaparición del conflicto armado entre las grandes potencias y el establecimiento de “los pilares del orden mundial liberal” que hoy conocemos. Claramente, Estados Unidos pudo haber decidido no optar por cualquiera de estos rumbos estratégicos. “No era inevitable que se dieran esta serie de acontecimientos”, afirma Kagan, ya que “ninguna providencia divina o teleología progresiva, ninguna dialéctica hegeliana requería, mediante su desarrollo, que el liberalismo triunfara después de la Segunda Guerra Mundial”.

Lejos de representar el advenimiento de “una nueva condición permanente de la humanidad”, la historia del siglo XX sugiere la existencia permanente del conflicto entre concepciones opuestas de justicia; por tanto, demuestra la responsabilidad ineludible que tienen las naciones liberales de preservar el orden mundial liberal. “Los estadounidenses, europeos y otros hijos de la Ilustración”, escribe Kagan, “tienden a creer que la historia tiene una dirección ascendentemente progresiva, ya sea en línea recta o como el producto de la dialéctica, a medida que la especie humana aprende a controlar y darle forma tanto al mundo natural como a la naturaleza humana”. Pero lejos de confirmar esta concepción historicista, Kagan mantiene que “la lección del siglo XX,” que parece haber sido olvidada en el siglo XXI,

“es que si se quiere un orden [mundial] más liberal, se necesitan naciones liberales poderosas que lo construyan y defiendan. El orden internacional no es una evolución; es una imposición. Es la dominación de una visión sobre otras –en este caso, la dominación de principios liberales en la economía, políticas domésticas y las relaciones internacionales, sobre otros principios no





liberales. Solamente durará en la medida que aquellos que lo impusieron re-
tengan la capacidad de defenderlo. Esta es una realidad incómoda para los in-
ternacionalistas liberales. [...] Preferimos imaginar que un orden liberal es
aceptado de manera voluntaria o, mejor aún, que es el producto de fuerzas na-
turales, no del ejercicio del poder. Por eso es que el 'Fin de la Historia' fue una
tesis tan atractiva para muchos, y sigue siéndola a pesar de haber sido des-
acreditada por [distintos] acontecimientos. La teoría de evolución inevitable
significa que no existe el requerimiento de imponer un orden liberal. Simple-
mente ocurrirá”.

Como el orden mundial liberal no es inevitable ni irreversible, el posi-
ble declive del poder económico y militar de la potencia mundial de la que
este orden depende se convierte en la pregunta decisiva. Kagan asevera
que no hay razón para creer, como muchos parecen creer, que Estados
Unidos esté decayendo como potencia mundial. En lo concerniente a in-
fluencia económica, Kagan mantiene que el crecimiento económico de na-
ciones como China y la India no representa un reto a la hegemonía
económica estadounidense, ya que el mero tamaño de una economía no
es “una buena medida del poder total” que esa economía es capaz de ejer-
cer a nivel mundial. La riqueza de una economía, su nivel de PIB per cá-
pita, importa mucho más que el tamaño en términos de la preponderancia
e influencia mundial que una potencia pueda ser capaz de ejercer. En re-
lación a este aspecto decisivo, China sigue siendo mucho más atrasada que
Estados Unidos y Europa. En lo concerniente a la hegemonía militar,
Kagan sostiene que Estados Unidos sigue siendo una potencia sin rivales
reales y “de lejos la nación más poderosa que el mundo ha conocido jamás”.
Por otro lado, tampoco se está dando un declive en la capacidad militar de
Estados Unidos, que “actualmente gasta alrededor de 600 mil millones de
dólares al año en defensa”, lo cual es “más que el resto de las grandes po-
tencias combinadas”.

La razón por la cual muchos comentaristas parecen creer que Estados
Unidos está decayendo como potencia mundial se debe, según Kagan, a
que comparan el nivel de influencia actual de Estados Unidos con una ver-
sión idealizada y exagerada del nivel de influencia que tuvo tanto al finali-
zar la Segunda Guerra Mundial como durante el transcurso de la Guerra
Fría. “Muchas de las impresiones actuales concernientes al declive de la





CUADERNOS de pensamiento político

influencia estadounidense”, escribe Kagan, “están basadas en una falacia nostálgica” según la cual “hubo un tiempo en que Estados Unidos podía moldear al mundo de acuerdo a sus intereses” y “obligar a otras naciones a hacer lo que quisiera”. Pero Estados Unidos nunca tuvo tanto poder como algunos parecen creer hoy.

Para enfatizar este punto, Kagan alude a algunos sugestivos ejemplos históricos, como el fracaso de Estados Unidos en evitar que sus aliados europeos, incluyendo Gran Bretaña, reconocieran a la China comunista en 1949. Un par de años después, Estados Unidos tampoco fue capaz de evitar que Francia, Gran Bretaña e Israel invadieran Egipto en respuesta al cierre del Canal de Suez. Visto a la luz de sucesos como estos, es evidente que el Estados Unidos del siglo XXI ejerce un poder equiparable al Estados Unidos de la segunda mitad del siglo XX; ambos son poderosos, pero no todopoderosos. Ahora, como ambos Estados Unidos parecen ser igual de poderosos, no sería razonable afirmar que el Estados Unidos de hoy se encuentra más cerca de la decadencia hegemónica que el de ayer.

Existe un problema, sin embargo. La equivalencia que Kagan establece entre ambos Estados Unidos también nos guía, quizás sin que el mismo autor se haya dado cuenta, hacia el umbral de un entendimiento filosófico no solo del devenir del poder estadounidense, sino del devenir del poder humano en sí mismo. La equivalencia entre ambos Estados Unidos nos indica que el poder de Estados Unidos, aun cuando ha sido y sigue siendo supremo frente al de las demás potencias, no es ahora ni ha sido antes supremo frente a las vicisitudes de la fortuna. Al igual que los imperios romano y británico, Estados Unidos ha llegado a ejercer un poder militar y económico preponderante a nivel mundial, pero también, al igual que ellos, Estados Unidos jamás ha podido determinar, de manera absoluta, el desenlace del curso de los acontecimientos humanos. El poder de Estados Unidos siempre ha estado sujeto a limitaciones puntuales que son, a su vez, el reflejo de las limitaciones esenciales de toda ambición humana por conquistar la fortuna. Dado que Estados Unidos no puede determinar, de manera absoluta, el curso de los acontecimientos humanos, tampoco puede asegurar, de manera absoluta, la perpetuación de su hegemonía mundial ni, por ende, la perpetuación del orden mundial liberal que de





esta depende. En este sentido, el hecho de que Estados Unidos no esté decayendo ahora no significa, ni puede llegar a significar, que no vaya a decaer jamás. Más bien, la decadencia eventual de todo aquello que esté sujeto a la fortuna, que es todo aquello que ha sido hecho por manos humanas, es inevitable. “Estados Unidos no es algo eterno”, como señaló el filósofo político Harvey Mansfield, ya que “fue hecho por seres humanos y por tanto no durará para siempre”. Por más poderoso que Estados Unidos sea, la fortuna siempre puede deshacer lo que el hombre ha hecho. Lo único que Estados Unidos puede hacer es utilizar su poder para tratar de influenciar el devenir de la fortuna.

Este esfuerzo, que pudiese parecer sisifiano a la luz de la supremacía absoluta de la fortuna sobre el hombre, se nutre de moderación precisamente a la luz del entendimiento de esta supremacía. Al entender por qué ningún orden político puede llegar a ser final e irreversible, entendemos por qué el anhelo por establecer un orden mundial final e irreversible, aun cuando este fuese “liberal”, es esencialmente utópico (en el sentido moderno de la palabra) y en este sentido potencialmente tiránico. Este entendimiento, a su vez, nos permite conformarnos y consolarnos con la búsqueda modesta, y la defensa prudente, de un orden mundial que, aun siendo perecedero, sea decente. En este empeño, aprendemos a distinguir cuándo debemos conformarnos de cuándo no debemos conformarnos con el estado de las cosas a medida que mejor conservemos un prudente respeto por las limitaciones permanentes del poder humano y de todo régimen político. Estas limitaciones son permanentes porque la naturaleza humana es permanente; esto es, no puede ser trascendida: el hombre no le puede dar soluciones finales o definitivas a los problemas que son inherentes a la condición humana. No puede haber, por tanto, tal idea como el progreso moral o social del hombre en el sentido más profundo y riguroso del término, ni puede haber potencias u órdenes mundiales perpetuos. La decadencia, la guerra, la tiranía y la barbarie siempre permanecerán como posibilidades, más o menos latentes, en todo régimen político, y en todo orden mundial compuesto por seres humanos.



CUADERNOS de pensamiento político

PALABRAS CLAVE

EE.UU. • Valores occidentales • Orden mundial • Seguridad internacional • Fuerzas armadas y defensa

RESUMEN

Ante los nuevos condicionantes que impone el orden mundial actual, el autor analiza la obra de Robert Kagan, *The World America Made*. Explica la hegemonía que ejerce en el mundo Estados Unidos, tanto a nivel económico como político, y cómo es necesaria su presencia para favorecer un clima de paz. Asimismo, desmiente que este liderazgo mundial esté en decadencia y defiende que sigue siendo tan destacado como lo era hace unas décadas.

ABSTRACT

The author analyses Robert Kagan's work, The World America Made, before the new conditions imposed by the current world order. He explains the United States' world leadership, in both economic and political terms, and why its presence is necessary if we seek to promote a peace environment. Furthermore, he denies that this world leadership is in decline and asserts that it continues being as important as it was a few decades ago.

BIBLIOGRAFÍA

Kagan, Robert (2012):

The World America Made. Alfred A. Knopf. Nueva York. 152 páginas.

[/europe/24nato.html?_r=3&ref=global-home](#).

Knowlton, Brian (2010):

«Gates Calls European Mood a Danger to Peace.» *The New York Times* 23 Feb. 2010: A6. Web. 23 May 2012. <http://www.nytimes.com/2010/02/24/world>

Hegel, Georg Wilhelm Friedrich (1988):

Introduction to the Philosophy of History: With an Appendix from the Philosophy of Right. Trans. Leo Rauch (Indianapolis: Hackett Pub.), p. 60.